

El maestro es un agente moral

María Guadalupe Barradas Guevara*

Se ha dicho que, cuando existe la vocación de educar, la enseñanza es necesariamente un acto de amor y de fe. Es decir, un proceso lleno de actos de amor fijados en la mirada del otro; una continua búsqueda de perfección humana, la cual implica la búsqueda de cambios en las personas, de cambios profundos y radicales, de cambios que transformen de manera auténtica la mente y el corazón de nuestros alumnos.

Que la educación debe estar comprometida con valores éticos es una afirmación difícilmente discutible (Camps, 1994:41). La educación es necesariamente normativa, su función no es sólo instruir o transmitir ciertos conocimientos, sino integrar al educando a cierta cultura que tiene distintas dimensiones: cierta lengua, ciertas tradiciones, ciertas creencias, ciertas actitudes, ciertas formas de vida. Educar, así, es formar el carácter, en el sentido más extenso y total del término. Formar el carácter para que se cumpla un proceso de socialización imprescindible. Formarlo para promover un mundo más civilizado: crítico con los defectos del presente y comprometido con el proceso moral de las estructuras y actitudes sociales.

Por eso, la educación es un proceso que fomenta el desarrollo del potencial humano, por medio del cual, a través del enriquecimiento del acervo de conocimientos, los alumnos van ampliando su grado de percepciones sobre sí mismos, sobre los demás y sobre el mundo, mejorando sus habilidades de reflexión y reforzando ciertas actitudes vinculadas con algunos valores, para la toma adecuada de decisiones. En otras palabras, desarrollar el potencial humano es “aprender, reflexionar y decidir” (Rugarcía, 2001:104).

Como lo plantea el doctor Lafarga (*idem*), potenciar el desarrollo humano significa que la persona vaya “generando mejores aproximaciones globales” a la verdad, que vaya tendiendo a “amar incondicionalmente, a percibirse a sí mismo” y a “optar libremente”.

¿Cómo podríamos generar estas aproximaciones globales para amar incondicionalmente, para percibir u optar libremente? ¿Cómo influir para desarrollar este potencial humano en nuestros alumnos? Por esto, la docencia es un trabajo crucial: los educadores tenemos la misión de humanizar a las nuevas generaciones. Nuestra tarea es propiciar las condiciones que favorezcan el crecimiento humanizador.

*Maestra en Investigación Educativa egresada de la Universidad Iberoamericana Puebla; Licenciada en enseñanza de Lenguas Modernas en la BUAP y Especialista en Enseñanza de Educación Moral y Educación Cívica de la Universidad Complutense de Madrid.

De acuerdo con Hansen (2002:17 y 18), la enseñanza es una práctica permanente, de la que pueden derivarse, de un modo decisivo, principios morales e intelectuales profundos. La educación tiene su propia integridad, igual que la tienen los hombres y mujeres individuales que desempeñan el papel de educadores de un modo serio y responsable. Cuando se habla sobre la enseñanza, las preocupaciones y los intereses públicos merecen estar siempre presentes, pero también hay que contrarrestar su presencia con la conciencia de que la docencia es, básicamente, una tarea moral e intelectual.

De aquí que las distintas concepciones de la enseñanza tengan grandes consecuencias, ya que éstas tienden a influir en forma en que los profesores reflexionan sobre su trabajo y en cómo lo desempeñan. Según David Carr, “la enseñanza es una tarea moral que debería emprenderse con habilidad. No comprende un conjunto de habilidades independientes y neutras que moralmente deberían llevarse a cabo [...] La enseñanza es una práctica que genera la necesidad de disponer de unas habilidades y unos métodos específicos, pero no se trata de un conjunto de habilidades ocupacionales que se combinan para cumplir una función social definida sin tener en cuenta dichas habilidades. Los propósitos de la enseñanza toman forma y cobran vida en el método y la técnica” (en Hansen, 2002: 21 y 22).

Pero esto no basta, ya que si la enseñanza, por ser una práctica que genera la necesidad de disponer de habilidades y métodos específicos, como plantea Carr, puede caerse en el error de considerarla sólo como transmisora de conocimientos, olvidando que aunque sus propósitos tomen forma y cobren vida en el método y la técnica, también se realizan a través de las actitudes y conductas que el maestro como agente moral manifiesta a sus alumnos. Recordemos que los métodos y las técnicas no pueden existir en abstracto, sino que es a través de los educadores como toman forma y vida propias.

Por lo tanto, la hipótesis que planteo en este trabajo es que *el maestro es un agente moral*, y en esta proposición incluyo la pregunta acerca de la esencia del maestro, misma que nos debe llevar a la revisión del concepto del autodidactismo como forma de la autoconciencia pedagógica. Es decir, maestro es el que se educa a sí mismo para poder educar a los demás.

Por otra parte, frente a los contextos internacional y nacional que determinan la política educativa y para los fines de este trabajo, surgen las siguientes preguntas: ¿Qué son los valores y qué sentido e importancia tienen en la vida humana? ¿Qué papel desempeña la educación del profesor en la formación de valores? ¿Qué significa ser maestro? ¿Cuál es la actitud que los profesores necesitan para la formación de valores? ¿Es posible la existencia de un credo del maestro?

LOS VALORES EN LA ACTUALIDAD

Para contestar las preguntas anteriores es necesario recordar que vivimos tiempos difíciles. La globalización ha intentado imponerse como un pensamiento único que promueve su filosofía económica empresarial determinada por los principios del mercado que adjudican precio a todo y que, al tasar los valores humanos, confiere al “tener” primacía sobre el “ser”, a través del consumismo y la pérdida de identidad cultural.

El esquema económico actual ha sustituido los valores humanos por los valores de mercado. Competencia, eficiencia, productividad y calidad se han impuesto en todos los órdenes de la vida y han pervertido valores como la so-

lidaridad, entendida como el compromiso con los desposeídos a través de acciones caritativas y compasivas.

Vivimos en tiempos de un analfabetismo moral que lentamente va extendiéndose en las capas más jóvenes e ingenuas de la sociedad, por lo que la respuesta del mundo de la educación no puede ser el silencio conformista, sino que debe ser la promoción de lo valioso a la altura del ideal de dignidad del ser humano.

Vivimos en sociedad y el hecho de que ahora cobren importancia los valores como elementos integrantes de la acción educativa conlleva la necesidad de recuperar el discurso axiológico: el regreso de los valores a nuestra vida personal y social.

UNA OJEADA A LA EDUCACIÓN EN VALORES EN MÉXICO

Actualmente en México la economía determina el proyecto educativo, es decir, la filosofía empresarial que rige actualmente la política educativa del gobierno promueve los principios y valores que establecen que una escuela funciona de manera eficiente y productiva si es capaz de competir con las demás escuelas, contraponiéndose estos valores a los postulados en el Artículo 3º constitucional.

Un ejemplo de ello es la competencia que se presenta como baluarte del progreso individual y social y fomenta el egoísmo, la codicia y la mezquindad, al no compartir los éxitos educativos obtenidos, con el fin de obtener y mantener un presupuesto mayor que se destina al Programa Escuelas de Calidad (SEP, 2003). Aunque se reconocen los valores humanos consagrados en la Constitución, llama la atención que “el apego a la legalidad”, sea reconocido como un valor que rige las relaciones de los miembros de la comunidad escolar y determine los demás valores.

Otro aspecto expresado en dicho programa es el de reconocer como parte de la calidad del proceso y el logro educativo los valores y las actividades necesarias “para alcanzar una vida personal y familiar plena, ejercer una ciudadanía competente y comprometida, participar en el trabajo productivo y continuar aprendiendo a lo largo de la vida”. Sin embargo, esta aspiración que se espera alcanzar para el año 2025 pasa a segundo plano, ya que el sistema de control y seguimiento se basará en los resultados. No obstante, en lo referente a la ciudadanía, ésta implica responsabilidades y derechos, y participación y decisiones democráticas, aunque algunos piensan que estos valores están en decadencia.

De esta forma, los objetivos menos cuantificables, como las actitudes y los valores, que forman parte del desarrollo integral del educando, quedan subordinados al logro de resultados que están sujetos a controles externos de calidad. Así, la tarea del educador, se limita a la simple instrucción y transmisión de conocimientos, enfocados más en la competitividad tecnológica y económica que en el desarrollo integral de la persona.

Existe una política centrada en el aula y la escuela, en la que se exige asegurar la eficacia. Esta eficacia será supervisada mediante una evaluación continua (fiscalización), pero también se delega en ella la responsabilidad del éxito o el fracaso obtenido. Además, debe lograrse en un marco de justicia educativa y equidad, afianzando la igualdad de oportunidades, la permanencia y el logro obtenido. De esta forma, la escuela es una institución receptora a la que se adjudican responsabilidades que ni la sociedad ni el gobierno pueden o quieren resolver.

Rugarcía (2001:46) dice: “la docencia en México y en muchos otros lugares del mundo está como muerta. Nuestra pedagogía ha hecho de la función magis-

tral una actividad intrascendente. Se enseña para la erudición y no para la formación humana; se aprende pero no se comprende, se vive pero no se ha revivido en función de qué; se resuelve pero buscando la imitación de rutinas no entendidas cabalmente; se decide pero sin tener presente las consecuencias de esa decisión en los demás”.

De aquí que se pueda decir que la situación social actual en México, así como también en muchas partes del mundo, sea la explosión de la información, el aceleramiento tecnológico, la internacionalización de mercados, el medio ambiente dañado, la democratización participativa y el combate a la desigualdad social. Así, en las instituciones educativas, se introducen creencias, valores, prejuicios y cosas parecidas que dan cauce y sentido a la tarea educativa, dominando en ella un racionalismo científico o, en palabras más mundanas, como dice Rugarcía (2001:30), el “conocimiento”.

Es evidente que este periodo de posmodernidad, de globalización, de ciencia-tecnología, o como se quiera llamar, haya influido fuertemente en el desarrollo económico y tecnológico de nuestros países, provocando una crisis de valores entre los hombres, respecto a la naturaleza y al sentido de la vida. Los seres humanos hemos olvidado que el verdadero sentido del conocimiento es la aplicación de éste para la obtención de una vida más justa y de un hombre más consciente en relación con los demás.

LA RECUPERACIÓN DEL DISCURSO AXIOLÓGICO EN LA EDUCACIÓN

Siguiendo a José Antonio Alcázar (1998), la sociedad actual reclama con insistencia una educación moral para la juventud, como consecuencia de la crisis social generalizada que tiene sus manifestaciones en la inseguridad ciudadana, la corrupción de la vida política, la diseminación de algunas enfermedades, los atentados a la vida o al medio ambiente o a los derechos humanos. En otras palabras: la pérdida de los valores, la pérdida del sentido de la vida.

Vivimos en tiempos de un analfabetismo moral que lentamente va extendiéndose en las capas más jóvenes e indefensas de la sociedad, por lo que la respuesta del mundo de la educación no puede ser el silencio conformista, sino la promoción de lo valioso, a la altura de la dignidad del ser humano.

Vivimos en un mundo plural, sin ideologías sólidas y patentes, en sociedades abiertas y secularizadas, instalados en el liberalismo económico y político. El consumo es nuestra forma de vida. Desconfiamos de los grandes ideales porque estamos asistiendo a la extinción y fracaso de las utopías más recientes. Nos sentimos como de vuelta de muchas cosas, pero estamos confusos y desorientados, y nos sacude la urgencia y la obligación de emprender algún proyecto en común que dé sentido al presente y oriente al futuro (Camps, 1990).

Vivimos en un mundo y en una sociedad –la mexicana en nuestro caso–, en los que, como decía Aranguren, nuestro mayor problema no es ya el “desencanto” o la “moral desilusionada pero todavía posiblemente eficiente”, sino la “desmoralización” que consiste en la “pérdida del sentido de la vida” ante la falta de alternativas y de caminos, como consecuencia, si no del fracaso, sí, al menos, de la confusión provocada por la crisis de las grandes creencias y utopías. Una desmoralización que puede verse reflejada en el “conformismo social”, tan característico de nuestra sociedad actual y especialmente preocupante en el sector juvenil (González, 1992: 8).

El hecho de que ahora se destaque la importancia de los valores como elemento integrante de la acción educativa apunta la necesidad de recuperar el discurso axiológico: el regreso de los valores a las sociedades actuales. Por esto, cuando hablamos de educación, necesariamente nos referimos a los valores, a algo valioso que queremos que se produzca en los educandos, ya que de otra forma no existiría el acto educativo. (Ortega; Mínguez y Gil, 1996).

De acuerdo con Alcázar (1998), la educación moral nada tiene que ver con la manipulación ni con el adoctrinamiento, entendido como la imposición externa de normas éticas al amparo de la coerción inherente a las relaciones de superioridad que no respeta la libertad del educando para elegir por sí mismo: "El adoctrinamiento, al no tener en cuenta la libertad del hombre, olvida que nadie puede ser obligado a amar, o a odiar, o a proponerse un determinado fin en su conducta".

La presentación de los valores o de los contravalores es inseparable de la tarea docente y no es posible una enseñanza o una educación neutra: el profesor ofrece siempre a sus alumnos un modelo de conducta de acuerdo con la forma en que desarrolla la clase, el texto que ha elegido, el modo de tratar a cada persona o de realizar la evaluación. Lo quiera o no, siempre ofrecerá un ejemplo de amor a la verdad, de generosidad, de justicia, de alegría; o, por el contrario, se presentará como modelo de arbitrariedad, o de cinismo, o de escepticismo.

Una pretendida posición neutral del profesor respondería a una determinada filosofía de la educación: la que postula un relativismo radical, que prescindiera de valores absolutos, entendiendo la libertad personal como una capacidad ilimitada de opción. Ese profesor aumentaría la perplejidad de sus alumnos al no presentarles puntos firmes de referencia, certezas que les ayuden a descubrir y a seguir la verdad.

Querámoslo o no, los padres y profesores presentamos, con nuestra diaria conducta, modelos de valor para los niños y jóvenes. "La educación es esencialmente auto-educación y, por tanto, una tarea en la que la libertad personal nunca puede ser suplantada. Pero sí puede ser ayudada, sobre todo a base de la emulación que suscita la presencia de ejemplos valiosos, en primer lugar el esfuerzo del educador por encarnar en su propia vida los valores que teóricamente propone, pues, como dice Romano Guardini: la primera cosa eficaz es el ser educador; la segunda, lo que él hace; la tercera, lo que él dice" (Alcázar, 1998).

¿QUÉ SON LOS VALORES?

Hablar de valores no es un tema de moda, es de actualidad. Adela Cortina (2000:15-31) señala que los valores son componentes inevitables del mundo humano y que resulta imposible imaginar una vida sin ellos. Y esto es lo que sucede concretamente con los valores morales, porque la moral la llevamos dentro: no hay ser humano que pueda situarse más allá del bien y el mal morales, puesto que todos somos inevitablemente morales. Los valores valen realmente, por eso nos atraen y nos complacen, no son pura creación subjetiva. Los valores son cualidades que nos permiten acondicionar al mundo, hacerlo habitable. Un valor no es un objeto, no es una cosa, no es una persona, sino que está en la cosa (un hermoso paisaje), en la persona (una persona solidaria), en una sociedad (una sociedad respetuosa), en un sistema (un sistema económico justo), en las acciones (una acción buena).

Por otra parte, José María Barrio (1997) afirma que los valores no son hechos. Puede haber hechos valiosos, pero los valores no consisten en sus correspondientes realizaciones. En cierto modo, los valores están en otro mundo distinto al de los hechos. El mundo de los valores no es el de los hechos, ciertamente, mas en ellos podemos encontrar indicios, indicaciones, señales que apuntan a algo que los trasciende. A los hechos no les corresponde el cumplimiento axiológico pero sí la aspiración. De cara al mundo de lo "fáctico", el valor puede tener significación regulativa, en el sentido kantiano, si bien, a diferencia de lo que se representan las ideas o noúmeno en la filosofía trascendental, los valores indican caminos practicables, aunque no susceptibles de un cumplimiento cabal en ninguna realización fáctica. En otras palabras, que un valor no pueda ser absolutamente existencializado no implica que no pueda existencializarse en absoluto.

Por ello estoy totalmente de acuerdo en que los valores no son hechos, aunque sí hay hechos valiosos, es decir, plenos de valor. Tomando como punto de partida aquella polémica proposición de Nietzsche de que no hay hechos morales sino valoraciones morales de los hechos, podríamos postular, por el contrario, que todos los actos humanos son intrínsecamente morales en tanto son realizados por el hombre. Esto es: todo acto, por definición, es acto humano o del hombre, porque siempre está impregnado de cierta voluntad o valencia moral.

Los valores indican proyectos y caminos practicables en nuestras vidas, puesto que la vida misma es un proyecto que no está completamente definido en su totalidad. Dios nos ha creado incompletos para que nosotros le ayudemos a concluir su obra en este mundo; siendo así, nosotros somos nuestros propios escultores, nuestros propios artistas, nuestros propios maestros que a través del enriquecimiento de nuestro conocimiento, de la interacción amorosa con los demás, de nuestra conciencia, nos vamos perfeccionando cada segundo, cada minuto, cada día, hacia el camino de la felicidad en unión con los demás.

En síntesis, los valores son lo que hacen que el hombre sea. Uno es en función de sus valores, es decir, de aquello a lo que decide dedicar su vida; de aquello de lo que depende nuestra manera de ser y de vivir. Así, un valor mantiene la unidad de las cosas; conserva a la persona, íntegra y comprometida. Una persona sin valores carece de consistencia y camina sin brújula, sin peso, sin compromiso: es una especie de habitante de la nada (Rugarcía, 2001).

Afirma Gonzalo Jover (en Corbella, 2003: 117) que hablar de educación moral es de alguna manera una redundancia, algo como decir educación educativa: la educación, en sí, implica la moral. La educación se refiere siempre a la estructura moral del ser humano. Como personas tenemos una condición física, una condición psicológica, una condición social y una condición moral. Estas dimensiones no son realidades separadas, sino que forman una unidad.

LA EDUCACIÓN: ACCIÓN, REFLEXIÓN Y AMOR:

Fernando Bárcena (1994) ha señalado que "La educación no es sólo un objeto de estudio susceptible de conocimiento e investigación desde distintos ángulos o disciplinas. Ni siquiera se entiende bien cuando se la concibe como un objeto de conocimiento independiente del entendimiento humano, un objeto que no se ve afectado por el acto mismo de conocer. Sobre todo es una 'realidad práctica', una acción o actividad. Y concebida en estos términos, la educación se presenta como una práctica eminentemente moral y reflexiva. Es mucho más que un suceso, y supone mucho más que la creación de acontecimientos educativos".

La educación no es algo que sólo ocurra en nuestras cabezas o en nuestra rutina; involucra nuestros músculos, nuestras defensas, nuestra bioquímica, nuestro ser. La educación florece en la interacción del individuo con el ambiente cambiante. Y ahí, en medio de este escenario estamos nosotros; los maestros (Rugarcía, 2001).

Educar en valores es, entonces, acompañar a los niños, los adolescentes y los jóvenes en el proceso de respuesta libre y personal a interrogantes como éstas: ¿Quién soy? ¿Hacia dónde camino? ¿Cuáles son los motivos que justifican mi existencia? ¿Cuál es el horizonte o la meta que busco para la felicidad? Educar es generar las respuestas a estas interrogantes; es descubrir los valores que integremos a nuestra vida cotidiana.

En definitiva, la educación en valores es un acto de compromiso de los padres, los profesores y la comunidad educativa. Es reconocer que postulamos, con nuestro actuar diario, modelos de valor para con los demás. La educación en valores es educar para amar la vida a través de los demás.

Rockwell (1995) por su parte, señala: “Al maestro se le asigna un papel central en la concreción de cualquier plan educativo. Esto no es gratuito, pues son los maestros los que en las aulas construyen la educación”. Por lo que la acción del profesor está íntimamente relacionada con su manera de ser, con su manera de actuar y de establecer relaciones humanas, así como con su manera de decidir.

Recordemos que, antes que ser maestro, el docente es un ser humano, que actúa y decide desde los horizontes de su significado, desde sus valores, desde su ser. De aquí que sea lógico asignarle también una función ineludible en la tarea de educar moralmente.

Por ello, a través de mi historia educativa, he observado que dependiendo de los valores y el carácter de las personas, existen diferentes tipos de maestros. Para apoyar mi observación cito a Andrés Manjón (1923), quien de forma clara y simple hace la siguiente clasificación de maestros: “los ensayados y los ensayadores / los amantes del método y los que le abandonan/ / los ordenados y los desordenados/ los adormecedores y los despertadores / los observantes y los inobservantes imperfectos...” Recordemos sus palabras:

No es mejor maestro el que más sabe, ni siquiera el que más enseña, sino el que mejor educa, el que tiene el raro don de hacer hombres dueños de sí y de sus facultades y acciones. No el que más trabaja, sino el que más hace trabajar con más gusto a los alumnos. No es el que más discurre, sino el que más y mejor enseña a pensar. No es el que mejor diserta, sino el que mejor dialoga con sus escolares. No es el que más eleva, sino el que más allana y abaja para ascender con los discípulos hasta ponerlos a su altura para descubrir nuevos horizontes.

EL SER MAESTRO

Si parto de que educar es un acto de amor y de fe y de que la docencia es un servicio del espíritu a la vida, de entrega, de respeto y de compromiso, entonces el maestro, de acuerdo con estas afirmaciones, debe ser una persona amorosa, capaz de amar, de creer y de crear. Un servidor del espíritu y de la vida que con actos ejemplares promueva la entrega, el respeto y el compromiso con los demás.

Y si a la reflexión anterior, acerca del ser maestro, la relaciono con el célebre dilema de Shakespeare “ser o no ser”, obtengo las siguientes preguntas: ¿Cómo ser? ¿Cómo ser un maestro?

“Yo soy tú cuando soy yo” (Mèlich; Palou; Poch y Fons, 2002). Pero a esta afirmación debemos completarla diciendo: *Yo soy tú, y él, y ella, y vosotros, y nosotros, y ustedes, y ellos, cuando soy yo*. Porque en la medida que el *tú*, el *él*, el *ella*, el *nosotros*, el *vosotros*, el *ustedes* y el *ellos* son, miran, están, aman, creen, viven, aprenden, reflexionan, deciden, sienten y se relacionan; entonces el *yo*, *mi yo*: es, mira, ama, cree, vive, aprende, reflexiona, decide, se relaciona y siente. Y es en este proceso donde surge el maestro.

Por tanto, hay un compartir mutuo donde los conocimientos, los valores, los recuerdos, los deseos, las tristezas, el sufrimiento o las alegrías se encuentran, se conjugan y se hacen uno. Este encuentro refugiado en el sentir del otro implica la necesidad del respeto para escuchar, para mirar, para definir, para dejar pensar, hablar y decidir. Porque en las aulas, así como en la vida, no somos entidades aisladas, porque el otro se encuentra en el yo, y ésta es una condición fundamental de la humanidad y de la vida.

Lo cual implica que al mirar al maestro como agente moral, se vea como un facilitador o provocador de vivencias reales de los valores que se quieran transmitir a partir de un mirar hacia el otro, a partir de un testimonio, es decir, de la forma en que establece él mismo las relaciones con sus alumnos.

De otra forma, porque cada ser humano es único, y no todos los docentes lo son por vocación, es evidente que no todos los maestros y maestras serán iguales en ser y actuar, mirar y sentir, en cuestionar y responder. En palabras de Hansen (2002: 75), “un profesor que realmente sabe y cree que la enseñanza vale la pena probablemente tendrá una conducta distinta a la de un profesor que haya perdido su fe en la tarea o que recurre a la conveniencia ante el reto, y no a la consideración de enfoques alternativos, a la petición de consejo a otros, etc.”

Con esto no se quiere decir que un maestro con vocación, genuinamente comprometido, lo entienda todo en su tarea docente, pero sí que descubre varias posibilidades y abre puertas hacia nuevos conocimientos para la práctica provechosa con sus alumnos. Un educador que no cuestione y reflexione sobre él o su propia vida, sobre su mente y corazón, es muy probable que no pueda ni sepa cómo educar. “Una vida que no se examina a sí misma, no merece la pena ser vida, escribió Platón. Se paga caro no ser bestia ni dios. Se paga con la moral que está preñada de valores” (Rugarcía, 2001: 63).

“*Persona, conducta y sensibilidad moral* son los términos que subrayan la predisposición, los conocimientos y la sabiduría práctica que un individuo aporta en su papel de profesor” (Hansen, 2002: 57). Por ello, considerar al maestro como agente moral es algo positivo, pues los actos del profesor comienzan a tener significado en esa combinación armónica entre la persona moral y su conducta, en una perspectiva u orientación unificadora.

Y porque la docencia es un acto de amor y de fe, como dice Hansen (2001: 71-79), “un maestro debe ser ante todo, *todo corazón*, es decir, dedicar corazón y mente a una tarea en lugar de llevarla a cabo mientras se piensa en otra cosa”. Un maestro que eduque adecuadamente debe ser una persona madura y educada, alguien que tenga las siguientes cualidades: franqueza, simplicidad, espontaneidad, inocencia, apertura de miras, generosidad, integridad de objetivos, responsabilidad y seriedad. Esta persona puede actuar en el mundo y no sólo dejarse llevar por la corriente. Ello implica que, además de pensar y juzgar, también puede conectar o combinar el pensamiento y el juicio en su conducta real, ofreciendo así, con estos elementos, una sensibilidad moral que lleva al indivi-

duo hacia (y no fuera de) la complejidad moral y social de habitar en una comunidad original con otras personas, lo cual ayuda a mantener al profesor adscrito a la dinámica estimulante de la enseñanza y el aprendizaje.

HACIA UN CREDO DEL MAESTRO

Aunque en este punto trate de ser un tanto evocativa del conjunto de creencias, convicciones y compromisos que mueven mi ser y sentir docente, mi pretensión no es establecer un modelo de maestro, ni tampoco ofrecer una guía para resolver problemas del proceso educativo. Y, aunque lo parezca, no pretendo invitar al sueño de la utopía, sino a la acción diurna.

Lo que sigue es una invitación a la reflexión. A una reflexión que por años se ha realizado y que en la mayor parte de las ocasiones nos ha dejado con más preguntas que con respuestas. Expongo a continuación algunas proposiciones de este credo:

- Saber enseñar con afecto y cariño.
- Vivir la experiencia del encuentro con el “otro” que me enseña y del que aprendo.
- Ver la luz de la vida y la esperanza en los ojos de mis alumnos y de mis compañeros.
- Regalar una sonrisa y entender que el humor es un amor sin h.
- Ser artista, ser poeta, ser creador, ser maestro.
- Ser directores de orquesta para armonizar la vida en sociedad.
- Ser brújula y luz, para que los alumnos no se pierdan y confundan su camino hundidos en la desesperanza y la oscuridad.
- Ser renovadores de la esperanza.
- Ser formador de mentes y de almas para dejar huellas de valor.
- En una sola oración: ser utopía para cambiar al mundo.

DIURNA ENSOÑACIÓN O PROVISORIA CONCLUSIÓN

No ha habido otro factor que haya influido más fuertemente al mundo moderno que la globalización. Cuando el hombre trascienda el poder económico-tecnológico, cuando abra los ojos y descubra que las creencias que defiende son antivalores que lo llevan a la deshumanización, a la desesperanza, a la apatía, a la superficialidad y a la soledad, entonces estará despierto.

La formación en valores es sin duda el problema más importante de la educación contemporánea. Una persona vive, decide, en función de sus creencias, de tal manera que las creencias de ayer o las de cualquier otra persona podrían ser irrelevantes para uno mismo. La formación en valores es, sin lugar a dudas, un asunto medular para el *hombre*.

Educar es una tarea de responsabilidad social, una tarea que nos iguala, que nos hermana y que nos identifica como seres humanos capaces de pensar, de aprender, de crear, de ingeniar soluciones nuevas y, sobre todo, de soñar.

Por todo esto, el fin de la educación no es hacer al alumno feliz, sino capacitarlo para que pueda llegar a serlo: “El fin específico, propio y directo de la educación consiste en la perfección de las potencias humanas” (Millán Puelles, 1963: 74). Sin embargo, esta perfección de las potencias exige no sólo “la mera posesión de la virtud intelectual. Es preciso, además, que use bien de ella. Y tal uso depende de la voluntad” (*Idem*: 81).

En esta concepción educativa no hay nadie que sea especialista en educación moral: todo profesor comparte la responsabilidad de educar en la virtud. Pero esto exige también que el profesor enseñe más con su ejemplo que reclamando una obediencia ciega a lo que dice. La virtud del hombre –dice Aristóteles– será entonces aquel hábito por el cual el hombre se hace bueno y gracias al cual realizará bien la obra que le es propia.

En la vida no todo es razonamiento. Los discursos no son suficientes para hacernos virtuosos; es necesaria, en cambio, la práctica ejemplar de los valores. Es necesario que el profesor sea consciente de su influjo. Para educar es necesario amar la belleza y el bien.

Por todo esto debemos valorar el papel fundamental del maestro como agente moral en el proceso de enseñanza–aprendizaje de nuestros alumnos. Ya que al ser educador de vocación, se opta por el amor y la solidaridad como proyecto de felicidad compartida: vivir y sentirnos amados a través de nuestros alumnos, siendo con ellos cariñosos, tiernos, amables, fieles y serviciales. Resulta gozoso compartir lo que tenemos y tratar de mejorar nuestra propia identidad para atraer el afecto de nuestros estudiantes, de los jóvenes con los que compartimos nuestra existencia aunque ello signifique o represente a veces una renuncia.

Y si educación es todo lo anterior, entonces educar es enseñar a vivir en la incertidumbre, enseñar a hacer camino en medio de la indefinición. Educar, venga lo que venga, siempre ha de ser fundamentalmente un gran acto de amor, de fe y de afecto hacia las demás personas.

Dicho de otra forma, un maestro no es tal sin un alumno, sin sus alumnos; ser maestro es optar por la fe, por la esperanza y el amor al hombre y a la comunidad. Porque en la medida en que un maestro elige ser artesano de la perfectibilidad humana, está comprometiendo sus valores con ciertos ideales, está orientando su vida y la de sus alumnos hacia el norte intangible de un mundo mejor.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcázar, José Antonio, *El Plan de Formación. Fomento de Centros de Enseñanza*. Artículo del Curso de Especialización de Educación Moral y Cívica en el Sistema Educativo de la Universidad Complutense de Madrid, 2004.
- Aranguren, José Luis, *Moral española de la democracia*. Madrid: revista *Claves*, núm. 3, 1990.

- Blanco, Ricardo, *Docencia Universitaria y Desarrollo Humano*. México: Alambra Mexicana, 1982.
- Bárcena, Fernando, *La práctica reflexiva en educación*. España: Editorial Complutense, 1994.
- Barrio, José María, "Educación en valores: Una utopía realista. Algunas precisiones desde la Filosofía de la Educación". Madrid: *Revista española en Pedagogía*. Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- Camps, Victoria, *Virtudes públicas*. Madrid: Espasa Calpe, 1990.
- _____, *Los valores de la educación*, Madrid: Alauda Anaya, 1994.
- Cortina, Adela, *La educación y los valores*. España: Fundación Argentina Biblioteca Nueva, 2000.
- Corbella Marta, *Educación moral: aprender a ser, aprender a convivir*. España: Ariel Educación, 2003.
- Díaz, Carlos, *Diez virtudes para vivir con humanidad*. Madrid: Sinergia, 2003.
- Garduño, José y Armando Rugarcía, *Perfil del profesor motivante y el desmotivante de las carreras de ingeniería, 1985*. <http://www.leon.uia.mx/cde/manual/anexo2.htm>
- Gil, Fernando, Gonzalo Jover y David Reyero, *La enseñanza de los derechos humanos*. España: Paidós, Papeles de Pedagogía, 2001.
- González, Fernando, *Educación en valores y diseño curricular*. España: Alambra Longman, 1992.
- Gordillo, María Victoria, *Desarrollo moral y educación*. España: Eunsa Pamplona, 1992.
- Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- Hansen David, *Explorando el corazón moral de la enseñanza*. España: Idea Universitaria, 2002.
- Latapí, Pablo, *La Moral regresa a la escuela. Una reflexión sobre la ética laica en la educación mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad y Plaza y Valdés Editores, 2001.
- Lonergan, Bernard, *Método en teología. Verdad e imagen*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2001.
- Manjón, Andrés, *El maestro mirando hacia fuera o de dentro a fuera*. Libro IV. Maestros didácticos y antididácticos. Madrid: Tipografía de la "Revista de Archivo", 1923.
- Marques, Ramiro, *El Libro de las virtudes de siempre*. Bilbao: Descleé De Brouwer, 2002.
- Mèlich, J.C., J. Palou, C. Poch y M. Fons. *Responder del otro. Reflexiones y experiencias para educar en valores éticos*. Barcelona: Editorial Síntesis, 2002.
- Millán, Antonio, *La formación de la personalidad humana*. Madrid: Rialp, Colección de Cuestiones Fundamentales, 1963.
- Ortega, Pedro, Ramón Mínguez y Ramón Gil, *Valores y educación*. Barcelona: Ariel Educación, 1996.
- Rockwell, Hélice, *La escuela cotidiana*. México: Fondo de Cultura Española, 1995.
- Rugarcía, Armando, *Los valores y las valoraciones en la educación*. México: Editorial Trillas, 2001.
- Ruiz, Antonio, "Maestros y profesores", *Nuestro Tiempo*. Material entregado en el Curso de Especialización de Educación Moral y Cívica en el Sistema Educativo de la Universidad Complutense de Madrid, 2004, pp. 66-70
- Secretaría de Educación Pública, *Programas de Escuelas de Calidad*. México. <http://www.escuelasdecalidad.net/pub/quees/reglas.html>, 2003.
- UNESCO, *La educación encierra un tesoro*, 1997.
- Woolfolk, Anita, *Psicología educativa*. México: Pearson, 1999.